



Año III

← BARCELONA 1 DE SETIEMBRE DE 1884 →

Núm. 140

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UNA ESTRELLA, estudio por H. Schmiechen

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—CLAVELES Y ZARZAS (*Conclusion*), por don Pedro María Barrera.—NOTAS DE VERANO, por don Benito Más y Prat.—ROSA DE AMOR, por don Manuel Fernández y González.—LA ELECTRICIDAD EN LA GUERRA, (II), por A. G.

GRABADOS: UNA ESTRELLA, estudio por H. Schmiechen.—HORAS PLÁCIDAS, cuadro por J. R. Wehle.—UNA ESCENA DE LOS NIBELUNGOS, cuadro por T. Pixis.—LA CURIOSIDAD.—MÁQUINA DE LUZ ELÉCTRICA PARA RECONOCIMIENTOS EN CAMPAÑA.—CARLOMAGNO DESTRUYENDO EL ÍDOLO DE IRMINSUL.

NUESTROS GRABADOS

UNA ESTRELLA, estudio por H. Schmiechen

La publicación en nuestras páginas de varios retratos de mujeres consideradas hermosas por los artistas que las han dado cierta celebridad, no sólo tiene por objeto familiarizar á nuestros favorecedores con la idea de la belleza, sino demostrar de cuán diversa manera esa belleza es concebida por los encargados de darla forma. Sin negar que haya condiciones generales, comunes á todas las mujeres hermosas, es indudable que nuestra *estrella* de hoy brilla más en el cielo de Alemania que en el de Inglaterra, por ejemplo.

Rubens y Rafael concibieron bien diferentemente á la mujer hermosa, y sin embargo, ambos crearon tipos de belleza indisputables.

HORAS PLÁCIDAS, cuadro por J. R. Wehle

Este cuadro adolece de cierta frialdad; diríase que sus personajes carecen de calor, de vida, de sentimiento. Suponiendo que sea así, ¿puede creerse que esa calma general de la composición pictórica, obedece intencionadamente al criterio del autor?

Nuestra opinión es afirmativa.

Horas plácidas titúlase el cuadro, es decir, horas de felicidad tranquila, íntima, lejos del mundo y de las pasiones que lo agitan; lejos del vértigo; lejos de esas situaciones violentas, borrascosas, temibles siempre, aun cuando en un momento dado parezcan secundar nuestras más ardientes ambiciones. Las horas que trascurren en esa felicidad ficticia, podrán colmar nuestro deseo, como las alucinaciones del opio ó del hachis colman el de los infelices que con semejantes drogas se envenenan; pero esas horas no serán plácidas, sino turbulentas; podrán satisfacer á lo sumo la vehemencia de una pasión, cual el espectáculo de la tempestad satisface al navegante ávido de emociones fuertes.

En nuestro cuadro, por el contrario, todo respira goce reposado: en el cielo que se descubre desde la abierta ventana, todo es limpidez; ni una sola nube empaña el azul claro, transparente, de esa atmósfera, no agitada siquiera por el vuelo de un pájaro. Tampoco hay nube alguna en el cielo de amor en que vive la pareja que anima la escena: hé aquí porqué resulta el cuadro algo frío, algo monótono, algo pálido...

Es que el hombre se apasiona del contraste y estimaría en menos los esplendores del sol, si no pudiera compararlos con las sombras de la noche.

UNA ESCENA DE LOS NIBELUNGOS, cuadro por T. Pixis

Las tradiciones alemanas, caballerescas y fantásticas á un tiempo, las leyendas transmitidas de padres á hijos orillas del Rin, tienen un carácter especial sumamente á propósito para inspirar á los poetas y á los artistas. Lo que en España es el *Romancero del Cid*, es en Alemania el poema de los *Nibelungos*; una y otra composición han dado lugar á las mismas discusiones entre los críticos; uno y otro monumento literario encarnan el carácter de cada uno de los pueblos en cuyo idioma se hallan escritos.

Las mismas influencias que determinan la forma literaria popular de las naciones, traspasan en su música, y no es de extrañar, por lo tanto, que cuando nace un verdadero genio indígena, como lo fué sin duda Wagner, se inspire en asuntos no menos indígenas. Wagner no podía componer sobre el libro del *Barbero de Sevilla*, como Rossini no hubiera podido dar forma musical á los *Nibelungos*. De aquí la ópera, una de cuyas escenas ha reproducido Pixis, escena que, despues de todo, no figura en el poema de que está tomada la obra de Wagner.

En el cuadro, Sigfrido, ántes de partir á los estados de Brunequilla (no puede ser otro el momento escogido por el autor), recibe el cuerno que contiene la mágica bebida que le preservará de recordar á las mujeres cuya belleza le seduzca. El asunto es simpático y está tratado con acierto; pero, lo repetimos, en el poema no hay tal escena, ni tal bebida, ni tal cuerno: hay una mujer enamorada de su esposo (Sigfrido), que más tarde, herida en lo más íntimo del corazón por el asesinato de su amado, se convierte en genio de la más tremenda venganza. En esto consiste el argumento principal de los *Nibelungos*.

LA CURIOSIDAD

Si la curiosidad fuera pecado mortal, estamos por decir que poquísimas mujeres vivirían en gracia de Dios. Y no será porque así los libros divinos como los profanos no estén contestes en echarla en cara esa falta.

Por curiosidad perdió Eva el paraíso y se convirtió en estatua de sal la mujer de Lot.

Pues ahí es nada el susto que pasó la esposa del señor de Barba Azul por el mismo defectillo.

Pero la mujer es incorregible, é imitando al gran poeta inglés, bien pudiéramos decir:

—¡Curiosidad!... Tu nombre es mujer.

O: tienes nombre de mujer...

O: tu nombre es de mujer...

O: eres mujer...

Que de todas estas y otras maneras traducen cierta frase de Shakespeare los que escriben tomos acerca de lo que dijo, y aun de lo que no dijo, el autor de *Hamlet*.

La mujer de nuestro cuadro, casi una niña, rinde tributo á la debilidad general de su sexo, y empleando en juntar pedazos de papel una paciencia que no tendría por cierto, tratándose de cosas útiles, pugna por enterarse de lo que no debe y comete una verdadera imprudencia; más que esto, un verdadero abuso de confianza.

La acción es mala; pero esto no impide que el dibujo sea bueno. La curiosidad de esa mujer no tiene malicia, es verdaderamente infantil, y por esto sin duda no es repulsiva. La fisonomía candorosa de la muchacha nos permite creer que en su mala acción entra por más el impulso de la niña que el cálculo de la mujer.

Carlomagno destruyendo el ídolo de Irmisul

Carlomagno es una de las figuras más grandes de la historia. No tan sólo puede considerarse el fundador de la moderna monarquía, no tan sólo es el guerrero fuerte que crea un colosal imperio sobre las ruinas de otro imperio, no tan sólo es el legislador que deja á la posteridad un código con que suplir las odiadas leyes romanas, no tan sólo es el poeta que da forma á deliciosos pensamientos en el dulce idioma de Horacio y de Virgilio; sino que se destaca en el fondo oscuro de su tiempo como encarnación de la civilización cristiana, como paladin de la causa del Evangelio, como el soldado victorioso que tremola el lábaro de Cristo y lo clava, con robusta mano, en el pedestal que hasta entonces sostuvo á los falsos dioses; mereciendo por sus virtudes que la Iglesia le canonicase su memoria.

El cuadro que reproducimos representa á Carlomagno en el acto de derribar á Irmisul de sus altares; á Irmisul, la horrible deidad en cuyas aras se sacrifican víctimas humanas y en cuyos misteriosos bosques se practica un culto digno de pueblos salvajes, desconocedores de la ley del amor universal, que constituye la esencia del cristianismo.

El famoso emperador está representado en el acto de poner la planta encima de los trozos de la ridícula divinidad. Los druidas, escandalizados, lanzan contra Carlos sus anatemas; pero el gran conquistador les hace comprender que Irmisul no tiene rayos cuando no los ha fulminado contra él, que ha destruido su culto.

La actitud del emperador es imponente, y el conjunto del cuadro da una idea bastante exacta de los tipos y trajes de la época.

CLAVELES Y ZARZAS

(*Conclusion*)

(*El autor al lector.*) Para que no formes juicios temerarios con detrimento de la buena fama de Anton Indirectas, que nunca fué charlatan ni pecó de arrimado á la cola, debo advertirte que habiendo entrado un día en un café de San Sebastian á tomar un tente en pié, se sentó cerca de una mesa ocupada por varios caballeros, uno de los cuales era el consabido don Pepito de Tal, de quien, sin querer, oyó toda la vida y milagros. A mayor abundamiento, la mujer de don Pepito solía comprar á Anton mucha fruta, cuando éste iba por el barrio de San Martín y el viejo conocía á don Pepito de verlo en su casa. Esta última circunstancia explica por qué se saludaron al cruzarse casi á la salida del valle de Loyola.

* *

Contra lo que Gil esperaba, Margarita se mostró muy satisfecha del convite.—¡Ya lo creo! decía Indirectas: aun suponiendo que cuando pedía plazo para contestar, no tuviera ya resuelto lo que piense hacer, á las mujeres les bastan cinco minutos para tomar la determinación más grave, y ninguna ignora que cuando se da una cita á la madrugada, la mejor manera de esperar la hora es divertirse.

Fueron, pues, al teatro, donde el cartel les enteró de que verían un melodrama titulado *El sueño del malvado*. Lo que no les advirtió el cartel es que la obra dice en su primera página que ha sido escrita por un señor García, y que la gente se empeña en creer que el autor es conocido con el nombre famosísimo de don Manuel Tamayo y Baus.

Comenzó la función, y la Lirona, dicho sea en su alabanza, hasta se pellizcó para lograr una vez siquiera en su vida hacerse superior al sueño. Margarita aparentaba una serenidad que no tenía. Gil no quitaba los ojos de Anton, y Anton no apartaba los suyos de un acomodador que estaba á su lado.

Al salir á la escena el personaje que se llama Alberto, Margarita exclamó:—¡Esa cara!... Al oírle hablar, dijo:—¡Esa voz!... Al escuchar estas frases:

«¿Ni una palabra me dices? ¿Ni siquiera vuelves hácia mí los ojos? Mírame, aunque sea enojada. Habla, aunque sea para maldecirme...» etcétera.

—«No se abrió mi corazón al amor hasta que le hirió el rayo de tu mirada, y nunca desde entonces ha codiciado otro bien que el de servirte como esclavo...» etcétera.

—«Lleno el pecho de ansiedad y zozobra, ardiendo en llama de amor que irritó la ausencia, sin voz, sin aliento, ciego, turbado, loco, llevo al fin á tu lado...» etcétera, la pobre aldeana se puso pálida como una muerta, y murmuró:—Es Federico: ¡infame!

Anton, como el que habla de lo que no le importa y pregunta lo que no sabe, entabló este diálogo con el acomodador.

—¿Cómo se llama ese comediante?

—Don Pepito de Tal.

—¿Es soltero?

—¡Qué ha de ser soltero! Marido de la actriz que está con él en la escena.

—¿Es rico?

—¡Qué ha de ser rico! Trampas y no pocas, será lo que él tenga.

—¿Va á seguir aquí mucho esa gente?

—Con esta función se despiden. Según tengo entendido, toda la compañía se va mañana, excepto don Pepito, que retrasa un día su salida por no sé qué cosa que tiene que hacer.

Margarita no había perdido una palabra. Cada vez más pálida, le dijo á su abuela:

—Vámonos; que estoy muriendo.

Sin acabar de ver el primer acto, salieron del teatro los dos hombres y las dos mujeres, y emprendieron el regreso al valle.

—¿Y para esto he gastado yo el dinero en los billetes? preguntaba Gil á Anton.

—No; te lo has gastado para lo otro. ¡Buena chica te vas á llevar!

—¿Qué le habrá dado? Parece una desenterrada.

—Esa palidez revela tu buena suerte. Es que ya sabe que don Pepito es un tunante, digno de una cadena.

—¿No observa V. que parece que siente mucho haberlo sabido?

—Lo que observo es que debes ir pensando en tu boda, porque Margarita no tardará en ir pensando en tí.

(*El autor al lector.*) Aquí sería oportuno pintar á grandes rasgos la situación moral de Margarita, ahogándose de ira y de dolor; la de Gil, que oyendo á Anton hablarle de boda, era capaz de olvidarse hasta del grandísimo placer que tendría en romperle á don Pepito un par de costillas ú otra cosa cualquiera; la de la Lirona, que pasada la primera impresión del susto, y viendo que su nieta no daba señales de morir ni mucho menos, iba andando más dormida que despierta, ni en pena ni en gloria, como los niños del limbo; y la de Indirectas, que en lo más recóndito de su pensamiento tenía ya madurada la decisión de cobrarle á Gil un real por el diálogo con el acomodador y otro real por la palidez de Margarita. También vendrían aquí de molde unas cuantas máximas morales para abrir los ojos á las doncellas inocentes que entregan su corazón sin tomarse el trabajo de averiguar ántes si es pez ó es rana el individuo á quien se lo entregan; pero tú estarás ya cansado de leer; yo lo estoy de escribir, y renuncio á meterme en dibujos que, despues de todo, podrían resultar garrapatos.

* *

Al llegar á su vivienda, Margarita, que no había hablado durante el camino, dijo dirigiéndose á Gil:

—No te olvides de venir mañana temprano á ver la maceta de claveles.

La noche estaba oscura; pero todo el sol del medio día iluminó el alma del aldeano. Apenas entraron nieta y abuela en la casería, Anton dió en voz baja algunas instrucciones á Gil, y cada uno echó por un lado.

Cerca de la hora en que el forastero debía acudir á saber si Margarita había decidido seguirle, la luna apareció en el horizonte, bañando en su luz melancólica aquellos pintorescos sitios. Reinaba tal silencio que se oía el casi imperceptible ruido de las hojas que la brisa agitaba en los árboles.

A las dos de la madrugada, el forastero, ó sea Federico, ó sea don Pepito de Tal, estaba en el campillo, delante de la casería. Pasó un buen rato, y la ventana de Margarita continuaba cerrada. Don Pepito tosió una, dos, varias veces... ¡nada! Tiró una, dos, varias piedrecillas á la ventana... ¡nada! Decidido al fin á jugar el todo por el todo, trató de escalar la pared, agarrándose á las juntas de las piedras. Apenas había comenzado su maniobra cuando un enorme perro se abalanzó á él, echándole á rodar y quedándose con un jiron de los pantalones entre los dientes. Se oyó un silbido y el perro desapareció. Despues se oyó una voz varonil que decía:—Comiquillo de tres al cuarto: que lleve V. buen viaje y que no deje de dar memorias á su mamá la marquesa y á su futura la hija del banquero.

La ventana continuaba cerrada. Don Pepito se levantó, y sin tomarse la molestia de averiguar de quién era aquella voz ni por dónde se había escapado el perro, huyó del campillo, poco satisfecho sin duda de haber representado el protagonista de un ridículo sainete cuando esperaba serlo de una apasionada escena del más subido romanticismo.

—¡La del humo!... exclamó Gil, saliendo de entre los manzanos, seguido del perro del alguacil de Astigarraga.

* *

A la mañana siguiente el mancebo arrancó, sin resistencia de Margarita, todas las zarzas de la maceta: era tarde. La mata de claveles había muerto.—Tú me traerás otra, dijo la muchacha.—Yo te traeré todas las que tú quieras, se apresuró á contestar Gil.

Poco despues pasaba el viejo Anton arreando á su borriquillo, con la carga de fruta y hortaliza que diariamente vendia en San Sebastian. Se detuvo á ver cómo seguia la nieta de la Lirona, y notando el triste fin de la mata de claveles, prorumpió en estas palabras:

—Estoy pensando que así como las zarzas del campo han dado muerte á las flores de tu maceta, el vicio y la hipocresía, que son zarzas de los hombres, pueden dar muerte á la virtud y á la inocencia, que son las flores más hermosas del alma de las mujeres.

—¿Por qué dice V. eso? preguntó con timidez y recelo Margarita recordando que, según la fama, el viejo Indirectas no hablaba nunca sin retintin.

—Pues lo digo, contestó Anton, porque el comediante que vimos anoche en el teatro haciendo el amor, y que debe ser un tuno como una loma, apostaba en el café hace algunas semanas á otros de su ralea, que engañaría á una mozueta de este valle, y que se la llevaría á Madrid para divertirse hasta que se cansara de ella. ¿Sabes tú quién podrá ser esa pobre chica?

—Yo... no, señor... no sé... balbuceó Margarita, cuya cara se tiñó del color de la amapola.

Indirectas continuó:—Dices bien; ¿por dónde habias tú de saberlo? Le preguntaré á Gil, que como anda siempre arriba y abajo, es posible...

—¡No, no!... No le diga V. nada. ¿Qué le importa á él eso?

—Tambien ahora tienes razon. Gil no piensa en nada más que en ser muy honrado, y muy trabajador y en quererte á tí casi tanto como á la que está en los altares. ¡Qué buena parejita hariais!

—Pues mire V., si está de Dios, la haremos.

Seguio Anton su camino, apretando el paso para alcanzar al borriquillo, y al cabo de un rato encontró á Gil que volvia muy contento de llevar el perro á Astigarraga.

Fueron juntos hasta Loyola, donde se quedó Gil á comprar las abarcas que necesitaba, y hablaron largamente de lo pasado, de lo presente y de lo porvenir. Al separarse, Gil, llenando de tabaco la pipa de Anton, exclamó:—¿Cuándo podré pagar á V. lo que le debo?

Torciendo el sentido de la pregunta, Indirectas respondió:

—Ahora mismo. Despues de hacerte varias rebajas, porque sospecho que pronto tendrás que gastar en la boda, me debes: primero: un real por haber evitado que á Margarita se le fueran los piés. Segundo: otro real, por el perro. Tercero: otro real por una copla que tengo ya preparada para cuando haga falta. Y cuarto: otro real por guardar el secreto de todo lo que ha ocurrido, á fin de que malas lenguas no puedan contar lo que no ha ocurrido. Total: una peseta.

—Tómela V., y quíerame V. como si fuera mi padre, porque yo le quiero á V. como si fuera su hijo.

No tardó en susurrarse por el valle que Margarita y Gil estaban hechos un terron de azúcar. Debía ser verdad, porque tampoco tardó Anton Indirectas en cantar cuando pasaba cerca de la casa de Margarita:

«¡Esto es el purgatorio!»
Dicen las novias;
Y dicen las casadas:
«¡Esto es la gloria!»

(El autor al lector.) Y yo digo que esto se ha acabado. Gil y Margarita son ya marido y mujer. Son además completamente felices. La gente del valle los mira con envidia, y Anton suele consolar á los envidiosos con las siguientes frases:—¡La felicidad!... ¡la felicidad!... ¿Qué apostais á que si preguntamos á Gil vamos á sacar en limpio que la mayor felicidad de la tierra puede pagarse con dos pesetas?

PEDRO MARIA BARRERA

NOTAS DE VERANO

EN LAS ERAS ANDALUZAS

La civilizacion no tiene entrañas. Llevando sus avasalladores estandartes de uno á otro extremo del mundo conocido; derribando ó perforando las cordilleras que halla á su paso, y tendiendo sobre los abismos fantásticos encajes de acero, corre, y corre sin descanso; sin que le importen un ardite los gemidos del Titan, que siente el barro en sus cavidades, las plañideras voces de los faunos y hamadrias que ven invadidos sus dominios á todas horas, ni las imprecaciones de los monstruos de la oscuridad, cuyas retinas, cegadas por los rayos que despertó la pila voltaica, no han de poder contemplar, una vez más, los aquelarres ni las danzas macabras.

Las ciudades se trasforman, los paisajes cambian de aspecto, los antiguos usos se pierden y se van aproximando las naciones. En lo grande y en lo pequeño la síntesis se impone lentamente.

El reinado de la máquina agrícola se señala en los campos por una de esas ineludibles transformaciones. Las locomóviles, con su poderoso resuello; las ruedas dentadas, con el rum-rum de sus engranajes; las trilladoras y segadoras mecánicas, en fin, con su trabajar áspero y fatigoso, ahuyentan la bucólica virgiliana de nuestras campiñas y manchan, con la negra humareda del vapor, cuadros cargados ántes con todo un prisma de colores.

Hace algunos años, las máquinas, inmóviles, ociosas, preparadas para entrar en el concierto económico y lucir en las Exposiciones, no habian desfilado ante el bracero andaluz ni abierto las enormes bocas de sus válvulas para

disputarle el salario. Como se presienten vagamente las invasiones, los braceros las presentian y las declaraban la guerra; los misteriosos geniecillos de la civilizacion que parecen trabajar en su seno, les causaban invencible terror, y al verlas entrar por los campos á saco, como un ejército de engendros informes, mirábanlas espantados y les hacian plaza gritando:—¡Es la bestia del Apocalipsis que llega!...

Hoy, el bracero y el monstruo mecánico han hecho las amistades y se aproximan sin recelo el uno al otro. ¿Se ha resuelto al cabo la antinomia, señalada por Proudhon en sus *Contradicciones Económicas*? ¡Quién lo sabe! Ello es que las máquinas reinan en nuestras campiñas y que los pintores de paisajes se duelen de no hallar, como ántes, el celaje siempre azul y las sencillas agrupaciones del antiguo género clásico.

Yo he recorrido más de una vez las eras andaluzas ántes de que reinaran despóticamente en ellas las segadoras Hornsby y las trilladoras Osborne.

Al caer el sol, dejaba el emparrado de la heredad cercana, bajo cuyos ásperos palitroques se balanceaban las relucientes tallas de la Rambla, llenas de agua limpia y fresca, y tomando la vereda orlada, en su comienzo, de maizales, y atravesando largo espacio de rastrojo, sobre el cual habia esparcido un tesoro de gavillas doradas, llegaba á la choza en torno de la cual dejan la miés los barcinadores y se amontona el rubio grano despues de aventado.

Si no habeis visto nunca una era, es inútil que os la describa, porque hay en ellas tanta luz que ni la paleta puede copiarlas. Las degradaciones del amarillo cadmio se hallan todas allí y dan un tono general al cuadro que hace daño á la retina: si en los segundos términos no asomaran los toques blancos de los álamos que sombrean el rio, los verdes oscuros de los granados y las manchas más ó menos vivas de los lejanos melonares, seguramente que nos parecería la llanura la espalda sinuosa de un gigante sobre cuyo torso se ha tendido un manto de tisú de oro.

Al llegar á la era, lo primero que solicita nuestra atencion es el gran círculo trazado en la parte más limpia y llana, y cubierta de menudas piedrecitas que suelen asomar entre las pajas. Allí se esparcen las destrozadas haces sobre las que ha de trotar la cuadriga y rodar el cilindro dentado del trillo.

Nada más mitológico que esta sencilla operacion, que acaso pronto quedará relegada al olvido, con el uso de las máquinas actuales. El trillo es como el esqueleto del carro primitivo que suele verse en los jeroglíficos egipcios y en los vasos griegos: una ligera armazon de tablas sobre la cual va el trillador que fustiga á las yeguas con su larga tralla.

Este carro y el que le guia describen elipses y círculos concéntricos en torno de un punto dado, sin romper el radio en que se hallan esparcidas las mieses, y cuando las espigas destrozadas por el cilindro del trillo y por los cascos de la cuadriga han dejado escapar todo el grano y cubierto la era de una alfombra de aristas relucientes, las cribas y los bieldos de los aventadores separan el trigo de la paja y forman del uno y de la otra caprichosos montones.

Cuando en las horas calurosas del medio dia, contemplamos al labriego, que guia su trillo soportando los rayos perpendiculares del sol y dejando rodar el cilindro dentado sobre las mieses que parecen un mar de oro fundido, viene involuntariamente á nuestra memoria la fábula de Faetonte y creemos ver en el moreno y sudoroso trillador al travieso muchacho hijo de Apolo y de la ninfa Clime-ne que dió mil vueltas al cielo sin poder barajar los caballos del carro de su padre, yendo, al cabo, á despeñarse, como suele acontecer á los necios y á los ambiciosos, en las luminosas aguas del Eridano.

Cuenta el mito referido, que, ántes de dar Faetonte en el Pó con sus rebeldes corceles, abrasó toda la tierra: lo propio acontece cuando el labriego deja el trillo y las gavillas desaparecen de los rastrojos; comienzan las quemas, y las campiñas son presa de esos incendios provocados, cuyas llamaradas divisamos al caer la tarde formando *pendant* con los arboles crepusculares. Entónces lloran las hermanas de Faetonte el terrible siniestro; es decir, los campos agostados parecen presentar las tristezas del invierno y los árboles dejan caer poco á poco lágrimas de hojas, que arrebatada el viento húmedo del otoño.

Estudiaba yo historia cuando hallé estas analogías entre el carro del sol y el carro de los trilladores, y pensé, con razon, que así como hay multitud de mitos indicos y egipcios que sólo son símbolos más ó menos velados de las transformaciones naturales, este de Faetonte que quema los rastrojos, podría encerrar, sin esfuerzo, la imágen de las últimas faenas de la recoleccion en las márgenes del Betis, del Eridano ó del Iliso.

Aunque así no fuera, hay suficiente miga poética en las eras para que no necesitemos recurrir á las extravagancias de los tiempos mitológicos.

Bajo el toldo de nubes rojo y gualda de las tardes caniculares, el aspecto que presentan las eras es de lo más virgiliano y delicioso. Las carretas, con sus pesadas ruedas que rechinan á pesar del sebo que se derrite en sus ejes, se adelantan en larga fila y verifican la última operacion de la barcina dejando en tierra un dique de haces. Admira la manera de cargar estas carretas; las gavillas colocadas unas sobre otras tocan al cielo, y cuando los barcinadores se encaraman por los varaes hasta lo más alto, parecen guerreros de Africa que tratan de derribar piedra á piedra una fantástica albarrana de metal dorado.

Los grupos de braceros que se forman acá y acullá, ora

aventando, ora apilando, ora llenando las trojes, son en verdad dignos de estudio. Unos, se recatan del sol sirviéndose de un gran sombrero que parece poseer la extraordinaria virtud de la Tarnkappa de Sigfrido el de los Nibelungos; otros muestran su velludo pecho, por cuyas sinuosidades cae el sudor formando silenciosa cascada; estos fuman buscando la sombra que proyecta algun cho-po solitario; aquellos agitan sus bieldos que recuerdan el histórico tridente, soportando la lluvia de rayos solares que cae sobre el apero, sobre el trillo y sobre los bueyes, y los de más allá, en fin, hacen que corra el cántaro, puesto al abrigo del sombrero, para empezar de nuevo la faena.

Cuando el rojo disco se ensancha y toca al ocaso, asemejándose á un gran espejo redondo cubierto de gasas de escarlata, cuando el viento de la tarde seca el sudor sobre la frente de los trabajadores y se lleva las aristas menudas, la era adquiere más delicado color. El oro amarillea, vense los tonos oscuros de las raspas en los montones de gavillas y la sombra de los almiarses se aguza y alarga sobre los rastrojos. La luna, que asoma por el lado opuesto su cara de monja, se dispone á dar un baño de plata á todo aquel conjuntó dorado á fuego, y en la choza de esteras, donde se custodian las alcuzas y los donajos, se arrebujan las tinieblas brindando al trillador el beso de la esposa diligente que acudió á preparar el clásico y saludable ajo. Es la hora en que los pequeñuelos juegan sobre la revuelta parva, en que las gallinas se preparan á dejar en paz á los cigarrones y á las hormigas, y en que las yeguas, que se amarraron al trillo, pacen sueltas las espigas destrozadas; la hora de los cuentos y de las murmuraciones; la hora de rezar la oracion que evoca el volteo de la esquillilla lejana.

¿Conoceis la leyenda de Ruth? Es el idilio de las eras. Ruth, la hermosa nuera de Noemi, la jóven viuda moabita, llega, con la madre de su muerto Mahalon, á Bethlehem, cuando comienzan á segarse las cebadas.

Para atender á la subsistencia de aquella Noemi, cuyas desgracias la habian infundido el deseo de cambiar su gracioso nombre por el de Mara — *amargura*, — se atreve á espigar en los campos del rico Booz, y va humildemente recogiendo las espigas que dejan entre los rastrojos los segadores.

La ley previsora de los hebreos autoriza á las viudas, á los pobres y á los extranjeros á que se aprovechen de estos despojos de la campiña, y Ruth es acogida con agasajo por el rico cosechero, que, al verla afanosa y bañada de copioso sudor tras sus braceros, le dice:—*Oye, hija mia, no vayas á otra heredad á espigar, ni te apartes de este sitio; sino júntate con mis muchachas y siguelas donde estuviere la siega, y si tuvieses sed, vete al hato y bebe agua de la misma que ellas hayan bebido.*

Tan grata acogida hace profunda impresion en el ánimo de la tierna moabita que inclina su hermoso rostro hácia la tierra y exclama:—*¡De dónde á mí tanta dicha que hallé tu gracia siendo una pobre extranjera!*

A lo que le responde Booz:—*Me han contado tus virtudes y tus sacrificios y quiero premiartelos largamente.*

La jóven espigadora moabita oye estas cariñosas palabras con regocijo y marcha al lugar donde la espera su suegra llevando en su manto los modios de cebada que ha espigado, y al saber Noemi las solicitudes de Booz, dice á la que quiere como á hija:

—Oye, Ruth, voy á darte un consejo que podrá labrar la felicidad de tu vida. Ese Booz en cuyos campos espigas es nuestro pariente cercano y si te tomara por mujer se perpetuaría nuestro linaje. Esta noche avienta la cebada en su era. Lávate, úngete con perfumes, ponte tus mejores galas y ve allá recatadamente de modo que no te vea hasta que haya comido y bebido. Despues accharás el sitio en que duerma y levantando la capa por la parte con que se cubre los piés te echarás allí: *El mismo, como pariente más cercano, te dirá lo que has de hacer.*

Ruth, se muestra pronta á complacer á Noemi, que anhela que no se extinga su linaje. Cuando el sol cae y comienzan á tenderse las sombras por los llanos dorados de Bethlehem, ungida, lavada, envuelta en perfumadas vestiduras, semejante á una escultura de sándalo color de carne, se encamina á la era de Booz, en la que pronto reinará la paz y el silencio.

Concluyen de cenar los aventadores, los camelleros se alejan lentamente entonando sus cantos orientales y el señor apura el último vaso de vino ántes de entregarse en brazos del sueño.

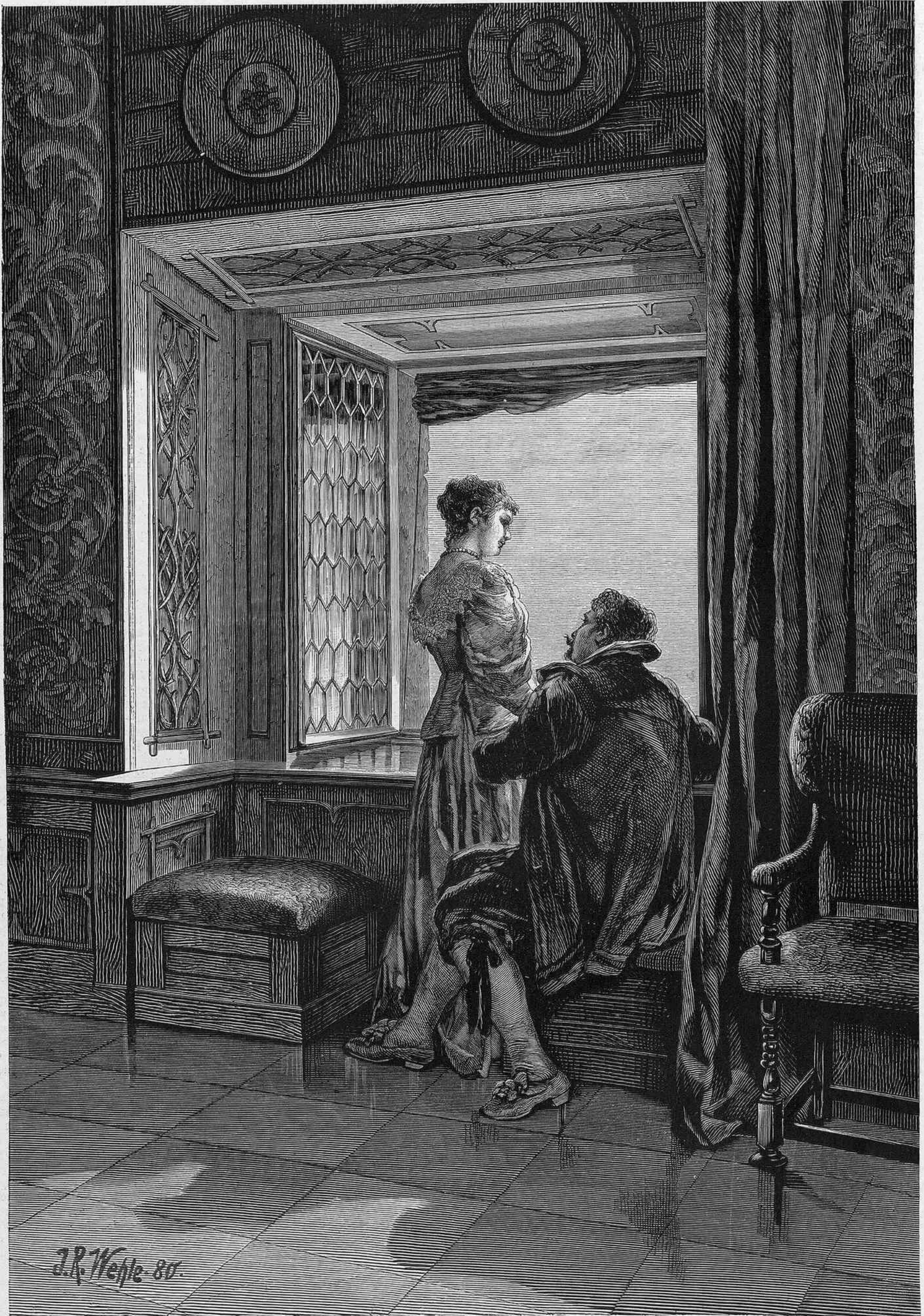
Ruth, que le acecha para cumplir el mandato de Noemi, le ve acostarse junto á un monton de gavillas, y llegándose á él calladamente y alzando la pesada capa por la parte que le cubre los piés, échase allí y permanece inmóvil y recogida en sí misma.

Al mediar la noche despierta Booz y ve, acaso á la luz de la luna, aquella hermosa mujer cuyo seno descansa sobre sus piés prestándole calor desusado.—¿Quién eres? dice, creyéndose presa de un dulce ensueño.

—Soy Ruth, esclava tuya,—responde la jóven con la timidez del cervatillo;—extiende tu manto sobre tu sierva porque eres el pariente más cercano de mi marido!

Booz bendijo á Ruth y durmieron hasta el fin de la noche, levantándose ántes de que los hombres se pudieran conocer unos á otros. Cuenta además la Biblia, que las bodas de Ruth y de Booz se hicieron muy luégo y que el Señor concedió al anciano esposo un hijo para regocijo de Noemi y de su linaje.

Este fué Obed, padre de Isai, padre de David. Dejando aparte el vivo realismo de que está saturado este pa-



HORAS PLÁCIDAS, cuadro por J. R. Wehle



UNA ESCENA DE LOS NIBELUNGOS, cuadro por T. Pixis

saje bíblico, ya notado por los Santos Padres, decimos que en él resaltan de graciosa manera las costumbres campesinas que no han desaparecido todavía.

Los braceros andaluces mojan aún la sopa en el vinagre de los compañeros de Ruth y duermen como Booz entre las gavillas: acaso hallan también, de vez en cuando, alguna morena espigadora que al mediar la noche levanta la punta de su manta, para echarse allí calladamente; pero no con tan santos propósitos como la mujer del Antiguo Testamento.

La persistencia de estas costumbres se nota en los menores detalles, y aquí viene como de molde recordar que el néctar de los trabajadores, el ajo blanco, que se vierte en los grandes dornajos de aliso y se come con cucharas de asta y de madera de avellano, es también tradicional é histórico en alto grado.

En el sombrero donde se resguardan del sol las aceitunas, se labra esta exquisita mezcla blanca como la leche, que cruje en el mortero bajo la muñeca del campesino y que se corta á aquellas que no tienen la suficiente habilidad para batirlo hácia un solo lado. Cuando está en punto, se esponjan en él una ó más *fochas* y se coloca sobre la mesa rústica, en torno á la cual se agrupan los trabajadores, como si asistieran á uno de aquellos banquetes públicos de los ciudadanos atenienses ó de los primitivos cristianos.

Todo el que pasa por la vereda próxima, es invitado á participar del refrigerio, con las sacramentales frases de *siéntesusté á la mesa*, y cada cual mete en el líquido su cuchara por riguroso turno, cuidando de llevar en ella sopa y caldo proporcionado.

Entre cucharada y cucharada se habla poco y se guarda gran compostura: es la reminiscencia de la cena patriarcal en la cual sólo tenía voz y voto el cabecera de mesa y de familia.

Mucho se ha hablado del ajo, pero en realidad los que le deprimen no saben lo que es un dornajo de ese néctar blanco, labrado á la manera andaluza y comido en la era; el olernos mal después de comido es una aberración de la pituitaria.

«No comas ajos ni cebollas, no saquen por el olor tu bellaquería», decía Don Quijote á Sancho, con sus eternos pujos caballerescos; sin embargo, Cervantes olvidaba que los antecesores de aquellos Arthus, Oliveros y Rolandanes, que llegaron á ser luz y espejo de la caballería andante, se hartaron de ajo, de lo lindo, si no mintieron las crónicas. La aversión al ajo y á la cebolla es simplemente un refinamiento romano, como puede colegirse por las siguientes palabras de Sidonio aplicadas á los bárbaros: «Felices vuestros ojos, felices vuestros oídos, que no los ven ni los oyen; dichosa vuestra nariz que no aspira diez veces por mañana y tarde el olor pestífero del ajo y de la cebolla.»

En efecto, galos, godos y germanos se deleitaban con el ajo frío ó caliente, y tenían por muy suculentos los manjares condimentados con este picante aliño. Acaso debemos á ellos la vulgarización del llamado blanco que sólo se sirve en porcelana en algunas mesas de Andalucía, no invadidas por los caprichos de las cocinas gabachas é inglesas.

Después de consumir el ajo ó el gazpacho, Booz duerme, ó lo que es lo mismo: luégo que termina la cena la paz reina en la era y sólo turba el silencio nocturno el canto del grillo ó de la cigarra.

Alguna que otra vez se prolonga la reunión de sobremesa, porque alguno de los trabajadores ha osado descolgar del sombrero la parlara guitarra. El corro se organiza y las muchachas de la huerta ó de la heredad cercana copian las antiguas fiestas griegas bailando, coronadas de espigas, á la luz de la luna. Los ecos de las *soledades* y del fandango se pierden en la llanura solitaria, y el són de las castañuelas y el estrepitoso chocar de las palmas apagan el monótono cri-cri y el interminable chirriar de los músicos de los rastrojos.

La Ruth andaluza canta lo siguiente:

Vente conmigo y haremos
una chocita en el campo
y en ella nos meteremos.

¡Anda! y no presumas más
que tiene tu cuerpo raspa
como el trigo y la cebá.

Se dirige á Booz, que pronto se acostará solo cerca de las gavillas, para entregarse de nuevo á la cotidiana faena, *antes de que los hombres se conozcan unos á otros.*

BENITO MAS Y PRAT.

Julio de 1884.

ROSA DE AMOR

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

Era por los tiempos en que florecía en el famoso Corral de la Pacheca, situado en la calle del Príncipe, siendo el encanto de los buenos vecinos de la imperial y coronada villa, María Calderon, la reina de las comediantas, la amiga, según cuenta la historia, del rey poeta y protector de las letras y de las artes, Felipe IV, á quien sus cortesanos dieron el título de Grande que la posteridad no le ha reconocido; la madre del segundo don Juan de Austria, remedo insuficiente de aquel otro don Juan hijo de Carlos V y hermano de Felipe II.

Pasaba, en fin, lo que vamos á relatar á nuestros lectores en aquella época en que los enredos galantes, las aventuras bizarras, y las cuestiones resueltas á punta y filo de espada eran fases determinantes del carácter de nuestros antepasados, según se ve por las comedias de don Pedro Calderon de la Barca y las de otros no menos aventajados ingenios.

II

Era al caer de una nublada y fría tarde de noviembre. En el atrio del convento de agustinos calzados llamado de San Felipe el Real, había, á pesar de lo desaparecible de la temperatura, algunos grupos de ociosos á quienes había llevado allí y retenido la fuerza de la costumbre, porque aquel atrio realzado sobre la calle Mayor con sus covachuelas al pié, donde se anidaban algunas escribanías, como si dijéramos bandadas de cuervos, y al que se subía por dos graderías enverjadas, era el famoso Mentidero de que tanto se ocupan las historias de aquellos tiempos; pero como sobreviniese el crepúsculo nebuloso y frío y empezase á caer una llovizna de esas á las que el ser menudas no impide ser caladeras, los grupos se fueron aclarando y desapareciendo y sólo quedó un embozado, cubierto hasta las narices por la vuelta de su pesada capa de ronda, y echado sobre los ojos un sombrero de anchas alas que por sus dimensiones le servía cumplidamente de paraguas: una espada rabiatesa le levantaba por detrás la halda de la capa; las piernas robustas, y no muy derechas y sus piés deformes, sostenían un paso lento pero vigoroso y de un movimiento desigual que hubiera podido hacer dudar si era cojo ó no era cojo: esto no obstante, había algo de fiereza y de gallarda apostura en el continente de aquel hombre, que á pesar de la lluvia que iba arreciando, se paseaba de largo en largo por delante del vestíbulo de la iglesia.

III

Sonaron al fin las Ave-Marías, á la vibración de cuya primer campanada el paseante se paró, se quitó el sombrero á pesar de la lluvia, dejando ver á la luz del crepúsculo una espesa y rizada cabellera negra, se volvió é indudablemente rezó, pero tan rápidamente que, quitarse el sombrero y volvérselo á poner, detenerse y volver á su paseo, fué todo obra de un segundo: verdad era que la lluvia que arreciaba de momento en momento no permitía detenerse mucho en las *Ave-Marias* y en los *Gloria Patri*.

Un lego salió por la puerta de la iglesia, y dirigiéndose á la gradería que estaba más hácia la parte de la calle Mayor, cerró su verja y se volvió á la iglesia dejando abierta la verja de la gradería más avanzada á la puerta del Sol: asimismo cerró uno de los postigos de la puerta de la iglesia y dejó abierto el otro: esto significaba que en la cueva de la iglesia había rosario y disciplinas.

Nuestros abuelos de aquellos tiempos no podían vivir sin estas cosas y sin otras muchas que hoy no se estilan.

IV

La lluvia arreció hasta tal punto que nuestro embozado hubo de ampararse del arco de la puerta de la iglesia. Estaba allí solo.

El desierto Mentidero dejaba caer el agua de la lluvia por sus vertederos sobre la calle Mayor por la cual no pasaba un alma.

Todas las puertas de las tiendas y de las casas se habían cerrado, y como no había alumbrado público, la noche se había hecho de todo punto tenebrosa.

Sólo reflejaba turbiamente su luz y la reproducía de una manera caprichosa en el agua que corría sobre las losas del Mentidero el farol que, balanceándose al soplo demasiado vivo y helado del viento, iluminaba el santo titular encaramado allí sobre el arco en una hornacina.

V

Sonaron uno tras otro los tres toques que llamaban al rosario y á los ejercicios á los devotos, y sólo algunos de los mas vecinos del convento y que debían tener gran interés en lavarse de sus culpas con los saludables raudales de la penitencia acudieron y pasaron rebujados á la carrera, desapareciendo en el interior de la iglesia como quien se ampara de un peligro.

Si el embozado se había quedado allí para asistir á los ejercicios, no le corría prisa porque permaneció inmóvil en el hueco del pórtico donde se había amparado, y tal vez cometía una irreverencia, esperando á alguna dama á las puertas de un lugar sagrado y tal vez con el pensamiento lleno de cosas no muy en armonía con lo que preceptúa la Santa Madre Iglesia: y así era sin duda, porque cuando al terminar el tercer toque, dos mujeres, que habían salido de una silla de manos, que habían subido y atravesado rápidamente la gradería y el Mentidero, que parecían ama y criada, se sumergieron por el negro postigo del templo el embozado se sumergió también siguiéndolas y murmurando:

—Ella debe ser sin duda, que como ella ninguna huele tan á rosa fresca y por nadie aspirada y prosigamos la aventura y Dios dirá, que si no es ella, semejante á ella es por lo ménos en la estatura y en la calidad y acaso se gane en el trueque.

VI

La dama y su doncella habían adelantado hácia el presbiterio, se habían arrodillado, habían rezado un mo-

mento y levantándose luégo, se fueron á una puerta por donde por una rampa se bajaba á la cueva donde tenían lugar los ejercicios.

VII

Era aquella que se llamaba cueva una capilla subterránea de grande extensión, deprimida de bóveda, húmeda y sombría.

Por algun vidrio roto de los tragaluces entraba un aire helado que cortaba el aliento, y todo aquel espacio lóbrego, siniestro, fantástico, no tenía más luz que la de dos velas de cera que ardían al fondo delante de un retablo denegrido, en el cual, bajo un dosel negro franjeado de plata, se confundía un gran Cristo crucificado que completaba, que consumaba lo tétrico y aún pudiera decirse, lo pavoroso de aquel lugar que habría podido llamarse antecámara de la muerte.

Las seis ú ocho mujeres que allí había, estaban separadas de otros ocho ó diez devotos que habían acudido, por una verja de madera portátil que debía cerrarse como un aprisco, para evitar posibles irreverencias, en el momento en que, terminado el rosario, se apagasen las dos velas del altar para dar principio á la disciplina, acompañada por los salmos penitenciales.

Nuestro embozado se quedó cerca del apartado de las mujeres, aguzando los ojos para distinguir entre aquella fantástica penumbra la dama que había esperado y seguido.

Estaba allí junto al altar, de rodillas, esbelta aún en aquella posición, con la cabeza graciosamente inclinada sobre el pecho y exhalando una piedad poética que la hacía infinitamente más bella, con una belleza de todo punto ideal, que era como el perfume de su belleza, que no se veía pero que debía suponerse.

Tampoco se podía detallar mucho el semblante del aún para nosotros desconocido galán.

La luz del altar llegaba á él cansada y vaga.

Pero se percibía que su cabellera era soberbia, como la crincha de un león negro, su frente alta y ancha tras la que parecía bullir algo fatal, su nariz desarrollada y aguilena, en que estaban montadas unas antiparras armadas en cuerno negro y en las que destellaban las luces reflejos siniestros, haciendo que no pudieran verse distintamente sus ojos.

Unos bigotes poblados y retorcidos y una barbilla ó perilla igualmente poblada, venían á ser la base de su semblante oval y de pómulos salientes.

Llevaba golilla blanca en forma de bacía de barbero, á la moda del tiempo, y sobre la ropilla sencilla de paño negro se percibía sin mucha dificultad una roja cruz de Santiago.

Con lo que hemos dicho, los que conozcan la historia de aquellos tiempos que nos lean, han conocido ya á uno de los más grandes ingenios de nuestra patria, al escritor más profundo y docto y al satírico más cruento de aquella época: esto es, don Francisco de Quevedo y Vilegas, señor de la Torre de Juan Abad.

Se hallaba en sus treinta y cinco.

Esto es, en la fuerza de su vida.

VIII

A la voz estentóreamente sacerdotal del religioso que llevaba el rosario, seguía alternativamente el murmullo del rezo de los devotos, al cual no daba su contingente Quevedo, cuya voz permanecía muda y cuyo pensamiento estaba entonces á cien leguas de toda idea religiosa.

Quevedo, cristiano por temperamento y por educación y aún por convicción, era sin embargo un tanto librepensador, puesto que en una de sus sátiras, y basta con este ejemplo, dice que no cree en los diablos, y en otros muchos lugares de sus obras enseña la oreja de tal manera que no sabemos cómo no le cogió por ella el Santo Tribunal de la Inquisición contra la herética pravedad; y era que la Inquisición sabía lo que se hacía y no se metía con quien no se metía con ella.

Quevedo cometía asistiendo aquella noche á aquel lugar una pecaminosa é indisculpable irreverencia.

Se trataba de una apuesta.

Aquel día había sido de misa, y la de doce de San Felipe el Real era de gran moda para las damas, porque en el Mentidero las esperaban para requebrarlas y ponderarlas los hombres de más ingenio y los galanes de más valía de la corte.

En corro de gente *non sancta* estaba Quevedo á las doce de aquel día, tomando parte en una discusión acerca de las damas que á la misa de moda acudían, todas pomposas y relucientes de engalanadas, cuando acertó á pasar cerca de él una divinidad acompañada de una doncella, autorizada por dueña y rodrigon, y resguardada al parecer por un jayan resollando á matasiete, que fijó una mirada de amenaza en Quevedo, que no la vió, que si la viera, la hubiera contestado, porque se había quedado extático por la hermosura de la dama, que no parecía pasar de los veinte.

—¡Vive Dios,—exclamó Quevedo cuando hubo pasado,—que yo, que no me acuerdo de cosa que sea ensimplecerme por una mujer, me siento como cogido por los cabezones y con unas punzadas del diablo en la cabeza, que capaz me creo por esa maravilla de lo hermoso de perder los piés y de dar en la necedad de hacerme marido, lo que es lo mismo que decir bestia de carga y yugo!

—No os asustéis tanto por el peligro en que os creéis metido, don Francisco,—dijole uno de sus amigos,—que aunque fuerais el gran emperador de la India, no lograrais ni aún el que ella os mirase.

Picóse Quevedo, que era muy soberbio y cuando de mujeres se trataba vanidoso sobre toda ponderacion, y dijole:

—No parece sino que vuestra mala fortuna haya de ser la mala fortuna de todos los demás.

—No tengo yo que quejarme de esa dama,—dijo el otro,—que yo no la he seguido, que satisfecho estoy de la dama á quien sirvo y cuya hermosura es tan de sobra mayor que la de esa doncella, que prestara parte sin perder nada para que ella gane mucho.

—Pues ¡vive Dios!—exclamó Quevedo ya picado,—que tomo ese arcángel para mí y vuestra dama para las sobras.

—No quiero ofenderme,—replicó el otro,—pero os hago la apuesta de que tal ha de dejaros de desengañado la que os enamora, que no os queden ni alientos para mirar á la que yo con toda mi alma quiero.

—Lo de la apuesta sea,—dijo Quevedo;—cien escudos van á que esta misma noche habeisme de ver hablando con ella á su reja.

—Los cien escudos vayan.

—Decidme dónde vive.

—Nadie lo sabe: el escudero que la guarda es un tal hombre y un tal esgrimidor, que ninguno de sus enamorados ha podido seguirla.

—No me ha ganado á mí nadie con el as de espadas,—contestó Quevedo, que era muy maton.

—Voy á ser muy leal con vos, don Francisco,—repuso el conde de la Almazara, que era el que con él hablaba:—no sigais cuando salga á esa señora, que se os atravesará el escudero y por ser de día acudirán gentes á impedir la riña: esperad á esta noche que hay ejercicios en San Felipe y ella nunca falta, y se acaban tarde y las calles estarán desiertas.

—Obligado os quedo por vuestro consejo,—dijo Quevedo:—y ¿cómo sabreis que yo he ganado?

—Nosotros estaremos ahí en frente, casa de Oñate, y cuando veamos que la seguís, nosotros os seguiremos.

—Pues hasta la noche, amigos, en que seréis testigos de mi buena ventura, y me voy porque si al salir la veo la sigo; y decís bien que estos no son negocios de día sino de noche.

Y Quevedo se fué.

Ya sabemos porqué habia esperado á pesar de lo perverso del tiempo en el Mentidero y en la puerta de la iglesia de San Felipe el Real.

IX

En estas cosas de tal manera censurables estaba pensando sacrilegamente nuestro buen ingenio en aquel lugar de penitencia, y se daba á los diablos por lo que tenia que esperar hasta que se acabasen los ejercicios, cuando sonó reventando con gran estruendo un petardo (que ya por aquellos tiempos y para malos fines los petardos se usaban).

Pararon el rezo, se levantaron de sobre sus rodillas despavoridos los devotos; otro petardo reventó en seguida, y, sálvese quien pueda, todos tomaron á quien más corra la salida, y cuando Quevedo decia para sí:

—Pardiez, que no parece sino que yo he pagado á ese para que esto más pronto se acabe,—se encontró con que se le venia encima y tenia que sostenerla en sus brazos una mujer que del susto se habia desmayado.

Sintióla Quevedo, que ella era, y en vez de procurar tomar con ella la salida, pasó más adentro en medio de la capilla que en un dos por tres se quedó desierta que aún hasta el clérigo y su ayudante habian huido espantados por otra puerta.

X

La dama seguia desmayada, y Quevedo pretendia desajustarla de miedo de que su congoja la matase, y desajustándola más y más se enamoraba, y en medio de su sobresalto amoroso, pensaba en lo que habia de decir á los frailes que de seguro volverian en monton.

Y así fué, que vinieron precedidos de algunos legos armados de garrotes, no faltando entre ellos alguno que



La curiosidad

blandia una vieja espada, y cuando Quevedo vió que se acercaban, les dijo:

—Bien venidos seais, padres míos, que con este sacrilego y criminal suceso, esta dama que veis desmayada y que es mi esposa, como mortalmente herida ha caido, y yo os ruego la socorrais, ó me presteis una de vuestras sillas de manos para que yo pueda trasladarla.

—Eso mejor y cuanto antes,—contestó uno de los padres,—avisad en el momento á los mozos que vengan con una silla de manos al atrio, á donde sacarán á esta señora que no puede permanecer en el convento.

Un lego partió con el recado.

—Judíos ó herejes deben de haber hecho esto,—dijo el mismo religioso,—para escarnecer nuestra santa religion, ó ladrones poseidos del demonio para robar en la confusion las alhajas de las mujeres, que si no trajesen tanto boato á la casa del Señor excusarian el escándalo que dan las codicias que excitan.

—Pero mi esposa desfallece, padre, y yo necesito llevármela cuanto antes para socorrerla,—exclamó fingiéndose lo más angustiosamente dolorido Quevedo.

X

A las luces que algunos de los legos traian apareció de lleno la hermosura de la dama, que era soberana; y como Quevedo la habia desajustado, se le veia descubierta su hermosísima garganta, lo cual para los buenos religiosos era escandaloso, por cuya razon mandaron á otro lego fuese á avisar á los mozos que debian traer la silla de manos.

Llegó al fin esta, metieron en ella los mozos á la dama que continuaba desmayada, y luego la sacaron, atravesaron el Mentidero y siguiéndoles Quevedo que les dió las señas de su casa, tomaron por la calle Mayor hácia la de los Coloreros donde en una pequeña casa desvencijada pegada al arco del pasadizo de San Ginés vivia entonces nuestro poeta.

Al bajar por la gradería Quevedo vió que habia allí puesta una silla de manos y que una mujer, un jayan y dos lacayos andaban buscando de acá para allá desatentados. Aquellos eran sin duda los criados de la dama que él se llevaba desmayada en la silla de manos de los frailes.

—Andad, andad cuanto más podais,—dijo en voz baja Quevedo acercándose á los mozos,—que ya tendreis buen alboroque y mi esposa necesita ser socorrida.

La noche oscura, la lluvia espesa, hicieron que muy

pronto los criados que buscaban á su perdida señora perdieran de vista la silla de manos que á su ama conducia y que habia pasado junto á ellos como una sombra.

Llegaron al fin á la calle de Coloreros.

Quevedo se quitó de la pretina la llave y abrió la puerta.

Sacaron los mozos de la silla de manos á la dama que empezaba á volver de su desmayo, y Quevedo se apresuró á dar á los mozos un real de á ocho y á despedirlos metiendo para adentro á la dama.

A seguida cerró la puerta.

XI

El conde de la Almazara y sus amigos, esperaban en vano puestos en una reja de la casa del conde de Oñate; habian llegado tarde, suponiendo que llegarían con mucho tiempo: ya habia sucedido el caso sacrilego, ya habian escapado los devotos y ya Quevedo como una hambrienta ave de rapiña se habia llevado su presa.

Pero quedaban en la calle dando vueltas de acá para allá y buscando á su señora, el escudero, la criada y los lacayos.

El rodrigon y la dueña no habian ido porque á él con la humedad del día se le habia recrudecido el reuma, y á ella se le habia exacerbado una tos perruna que padecia y que la ponía á morir.

XII

Acertó á pasar un alcalde con su ronda.

Al ver al escudero y á la doncella y á los mozos que continuaban yendo de acá por allá sin salir de un círculo vicioso como estorninos aturridos, les preguntó qué era lo que hacian allí, y qué era lo que buscaban.

El escudero respondió:

—Con nuestra señora vinimos á los ejercicios de San Felipe, y su merced se metió en la iglesia con esta que es su doncella, y segun ella dice, en la cueva saltaron petardos y los devotos huyeron espantados y por esta trabacuenta nuestra señora se ha perdido y aún no hemos podido dar con ella.

(Se continuará)

LA ELECTRICIDAD EN LA GUERRA

II

La luz eléctrica en campaña.—Sitios.—Reconocimientos terrestres ó marítimos.

En el artículo anterior nos hemos ocupado de los elementos proporcionados por la electricidad, y que pueden emplearse en la guerra para transmitir órdenes por medio de la escritura ó del sonido. Veamos ahora los que el mismo fluido nos depara para hacer señales convenidas de antemano, ó para facilitar los reconocimientos y operaciones nocturnas, medios basados principalmente en el uso de la luz eléctrica.

En 1868 se iniciaron ensayos á bordo de los buques de guerra á fin de utilizar dicha luz para evitar los choques tan frecuentes en el mar, ensayos cuyo buen resultado indujo á la mayor parte de las naciones marítimas á instalar dicha luz á bordo de los mejores barcos de sus escuadras. Los generadores eléctricos empleados con tal objeto son por lo comun máquinas Gramme, movidas por motores Brotherhood, y los proyectores de luz los de los sistemas Sautter y Lemonnier, Mangin ó Siemens. Comprendese que en tiempo de guerra puedan utilizarse estos aparatos con los objetos ántes indicados.

Durante el asedio de Paris por los prusianos, se organizó en la ciudad sitiada un servicio especial de transmision de señales por la luz eléctrica. Adoptáronse al efecto los reguladores Foucault, pero en aquella época habia aún muy pocas máquinas magneto-eléctricas, y exceptuando un caso del que nos ocuparemos ligeramente, se recurría á la pila.

«La lámpara, dice M. Saint-Edme, estaba colocada en una caja especial, de tapa movable, de modo que se producian á beneplácito rápidos destellos luminosos; el haz lo reflejaba un poderoso espejo dispuesto de modo que se le podia hacer convergente, paralelo ó divergente. Por último, con unas pantallas de color se formaban las ha-

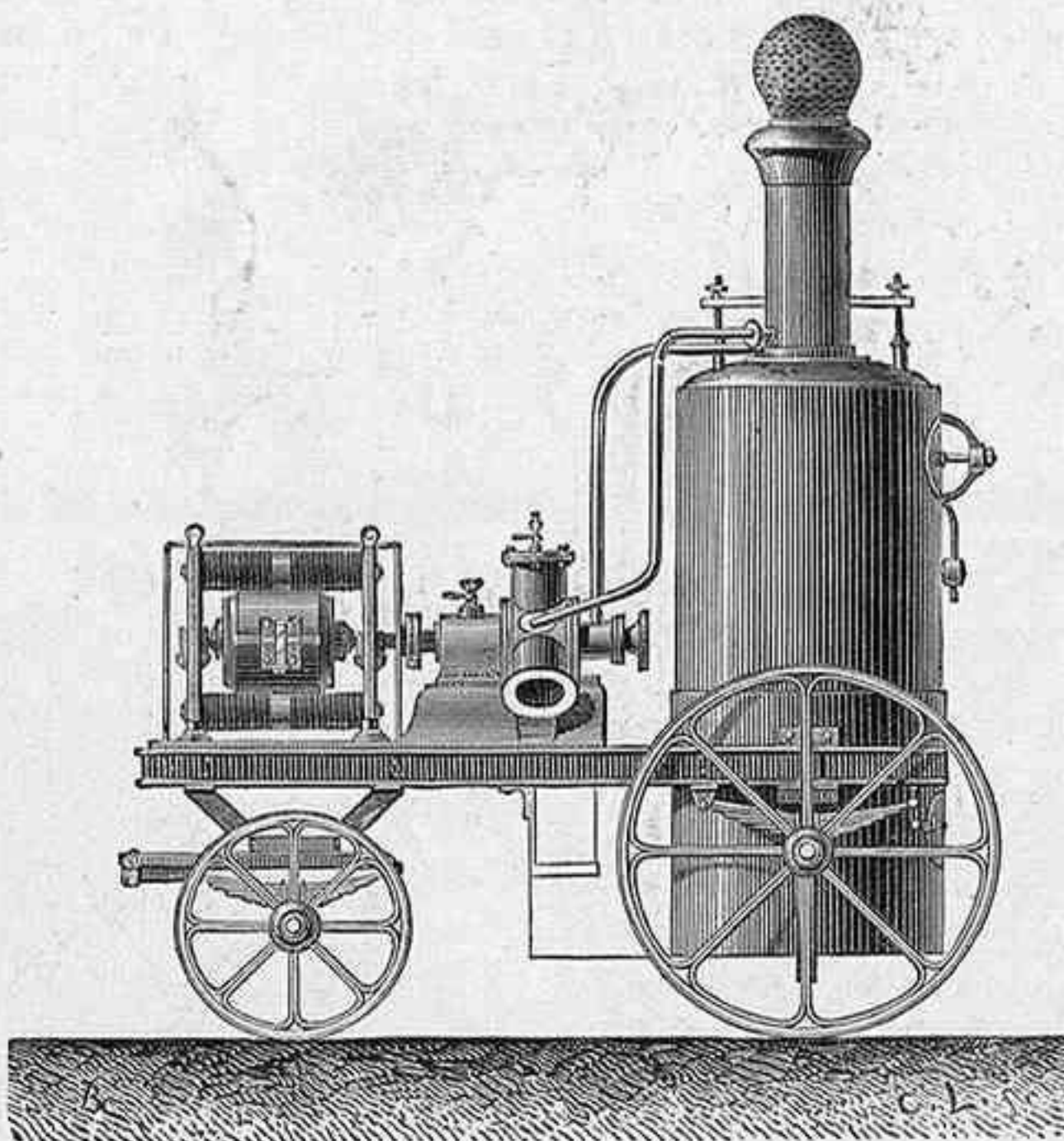
ces rojos, verdes ó azules, necesarios para la telegrafía óptica. Hubo que apelar forzosamente á la pila como generador eléctrico; carecíase de máquinas magneto-eléctricas, y por otra parte, ántes de terminar el sitio habria faltado el carbon necesario para alimentar las máquinas de vapor. Tan sólo se alumbró el fanal de Montmartre con la corriente de una máquina magneto-eléctrica: el arco suministrado por ésta era necesariamente más intenso que el producido por pilas de ácido nítrico, compuestas de 50 pares, por cuánto dicha máquina equivale, en potencia efectiva, á 100 de estas. Aquel fanal, hábilmente cuidado, inundaba con sus rayos toda la meseta de Argenteuil, y su resplandor penetraba en el mismo reducto de Orgemont, situado á más de 10 kilómetros, á vista de pájaro. En vano intentaron los alemanes varias veces sorprender de noche nuestros fuertes: la luz eléctrica era una excelente centinela.

«Los sitiadores hacian tambien uso del arco voltaico, ya para examinar nuestras obras nocturnas, ó ya para alumbrar el tiro de sus baterías; el alcance de sus haces luminosos demostraba suficientemente que su generador de electricidad era tambien magneto-eléctrico, así como la destreza con que estaban instalados los aparatos y la habilidad de su manejo demostraba que los estados mayores contaban con hábiles electricistas.»

M. Martin de Brettes resume del modo siguiente las principales circunstancias en que la luz eléctrica puede prestar útiles servicios en casos de guerra: «Para reconocer una fortificación, el sitiador necesita producir una luz transitoria, suficiente para sus proyectos y no tan duradera que llame la atención del sitiado. Para apuntar una batería á un objeto determinado, es preciso que este objeto esté alumbrado el tiempo necesario para hacer buena puntería. Para no dejarse sorprender el sitiado cuando se abre una trinchera, debe iluminar continuamente el terreno en que más probable es que se efectúe esta operación. Un combate nocturno, el asalto de una brecha, requieren tambien un alumbrado de duracion indefinida.»

Esta enumeracion se refiere principalmente á los trabajos de sitio, para el ataque ó la defensa, y en este caso se pueden establecer los aparatos en un punto fijo.

Mas para los reconocimientos en campaña es menester un sistema móvil. Con tal objeto se instala en una locomóvil la máquina generadora, pudiéndose la trasportar de este modo á donde las necesidades lo exijan, lo propio que el proyector, que se instala cerca del generador, ya



MÁQUINA DE LUZ ELÉCTRICA PARA RECONOCIMIENTOS EN CAMPAÑA

en un soporte de cuatro ruedas ó bien en un tablado giratorio. El grabado adjunto representa el sistema adoptado en Francia para este servicio. Es una máquina magneto-eléctrica del tipo Gramme, puesta en acción por un motor de vapor de tres cilindros, sistema Brotherhood, habiendo dado muy buenos resultados las pruebas hechas con estas máquinas. «Empleando, dice M. Fontaine, la máquina Gramme de cuatro columnas que, acoplada

en tension, da 1500 mecheros Carcel, y en cantidad 2500, los observadores situados junto al aparato de proyeccion de luz, divisaron movimientos de tropas, casas, y carros á 5000 metros de distancia, y á 2700 metros pudieron ver soldados y reconocer que hacian el ejercicio de bayoneta.» En Tolon y Cherburgo se han hecho otros experimentos no ménos favorables. Los aparatos foto-eléctricos eran de los construidos por los Sres. Sautter y Lemonnier, agregados al proyector Mangin, habiéndose reconocido unánimemente que el conjunto de estos aparatos constituia una proteccion eficaz contra los barcos-torpedos que intentaran cruzar el canal de la Carague á Tolon. «Descubriríanse estos barcos á tiempo para dirigir sobre ellos los fuegos del fuerte, y situándose algunos oficiales en puntos á propósito, podrian ocasionar la explosion de los torpedos sumergidos en el momento preciso en que estos barcos contrarios llegasen á su radio de accion.»

La luz eléctrica, instalada en los buques, segun hemos dicho, para producir señales, puede prestar importantes servicios en las operaciones de la marina de guerra. La mayor parte de los buques franceses que figuraron en la última expedicion de Túnez iban provistos de máquinas magneto-eléctricas y de los aparatos de proyeccion ya indicados anteriormente. La fragata *Vigilante* utilizó desde el principio su luz iluminando los puertos sospechosos de la isla de Tabarka. Posteriormente, otros buques la usaron tambien para el alumbrado nocturno de Sfax, Gabes y Susa. Reciente está tambien el reconocimiento de la rada de Alejandría hecho por medio de la luz eléctrica por la escuadra británica, momentos ántes del bombardeo de dicha ciudad.

Dejamos dicho que dirigiendo un haz eléctrico á un punto de la costa ó del puerto amenazado por un barco-torpedo se podia descubrir la presencia de éste. Fácilmente se comprenderá que los buques de guerra dotados de los aparatos convenientes disponen del mismo medio de proteccion. No pensamos insistir acerca de este punto. Por lo que hace á la inflamacion de los torpedos, veremos en el artículo siguiente que tambien la produce la electricidad.

A. G.



Carlomagno destruyendo el ídolo de Irminsul

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMON